

CONVERSACIÓN CON ALONSO ZAMORA VICENTE

Ana María Platas Tasende
Instituto Rosalía de Castro
Santiago de Compostela

Nos encontramos esta vez en las XX Jornadas de Teatro Clásico de Almagro, centradas en la comedia de enredo. Don Alonso pronunciaba la lección inaugural, "Recuerdos del libro y de la escena". En ella rememoró el teatro de su adolescencia y juventud: Echegaray, Benavente, Ibsen, Pirandello... Elogió con entusiasmo la afición general al género chico, que a él le iluminaría más tarde alguno de los aspectos que había de exponer en sus fundamentales trabajos sobre Valle-Inclán y *Luces de Bohemia*, y habló de lo antiguos que empezaron a parecer, tras la lectura de Joyce y de Dos Passos, ciertos escritores que por entonces estaban en el candelero.

El tricentenario de la muerte de Lope de Vega (1636), uno de los dramaturgos que más ha frecuentado, se conmemoró en Madrid, a pesar de la grave situación que todo el país atravesaba. Para don Alonso, lo popular en Lope arranca de su interior, de su propia vida relacionada con el pueblo y no de los estudios que pudiera haber realizado

sobre el tema. Lo popular está por todas partes en el Fénix, pero toma de ejemplo ciertos casos concretos de comedias como *La dama boba*, *El villano en su rincón* y *La hermosa aborrecida*. Recuerda también a Gil Vicente, cuya obra es fruto de una personalidad integrada en el ambiente geográfico que le rodea, por lo que escenifica tradiciones que muchas veces ha visto y que contienen ciertos ritos folclóricos en buena parte vivos hoy.

La fijación y explicación de vocablos en las obras clásicas es otra de las cuestiones que aborda: los comentarios han de hacerse con una profunda asepsia, dejando que hable el escritor. Es el único modo de evitar los errores que a veces han cometido incluso personalidades de reconocido prestigio.

*

Cuando se tiene el privilegio de escuchar a un hombre como él, rebosante de experiencias y conocimientos que siempre parece dispuesto a disimular con poderosa amenidad, acaba el oyente por sentirse impresionado

observando esa insólita unión de saberes y sencillez.

* * *

Don Alonso Zamora Vicente nació en Madrid en 1916. Él dice que siempre tendrá veinte años, pues el estallido de la guerra le impidió cumplir como debiera los veintiuno. Sus años, en cualquier caso, lo son de juventud y de entusiasmo por casi todo. Catedrático de la Universidad desde el inicio de la década de los cuarenta, residió en Santiago de Compostela, Salamanca, Buenos Aires, México y Madrid.

Como buen discípulo de Menéndez Pidal ha sabido demostrar en sus estudios el interés por la lengua y por la literatura. Sus tempranos trabajos sobre el seseo, la geadá, "De geografía dialectal: -ao, -an en gallego", "Los grupos -uit-, -oit- en gallego moderno" sirvieron de canon y aliciente a quienes, entre nosotros, habían de venir detrás. El amor por la lengua viva como reflejo del alma popular lo llevó también a estudiar el habla de Mérida, la extremeña, la asturiana, la albaceteña, el vocalismo andaluz... En 1949 fundó la revista *Filología* en la Universidad de Buenos Aires. Con *Dialectología española* (1960) no tuvo rival durante lustros y nunca hasta hoy dejó de ser punto de obligada referencia para filólogos. Colaborador inexcusable en la confección de diccionarios de lengua y de literatura, estudió en

especial a los autores más arriba citados y enseñó a tratar a los contemporáneos con el mismo rigor y respeto que a los clásicos. Se movió con igual soltura entre Esquilo y Horacio que entre Jorge Manrique, Garcilaso, Gil Vicente, Francisco de la Torre, los petrarquistas, Hernando del Pulgar, la picaresca, Cervantes, Tirso, Larra, Galdós, Baroja, Miró, Lorca, Dámaso Alonso, Cela... y prestó atención constante a la literatura portuguesa y a la hispanoamericana. Ingresó en la Real Academia Española en 1967, leyendo el discurso *Asedio a "Luces de Bohemia"*, primer esperpento de Ramón del Valle-Inclán.

Al lado de la ingente labor investigadora y al de la eficacia de su magisterio debe considerarse la faceta de creador de Alonso Zamora. Autor de numerosas obras narrativas, obtuvo el Premio Nacional de Novela con *Mesa, sobremesa* (1980), pero ha conseguido sus más destacados logros en el terreno del cuento y de la estampa. Entre *Primeras hojas* (1955), tan estrechamente unido por la temática y el recuerdo infantil a *Examen de ingreso, Madrid años veinte* (1991), e *Historias de viva voz* (1995) figuran, además de otros, *A traque barraque* (1972), *Sin levantar cabeza* (1977), *Tute de difuntos* (1982) o *Estampas de la calle* (1983). Los cuentos de Zamora Vicente destilan humor e ironía, dejan traslucir una crítica a medias dulce y ácida envuelta en comprensión, a veces en



Alonso Zamora Vicente.

piedad, se nutren del ayer o reflejan el ahora, y, siempre, en cualquier caso, filtran a través de los personajes el habla que les es natural, la propia de cada uno según su estado –muy a menudo el habla de la calle–, las pinceladas que esbozan su carácter y la situación que atraviesan.

* * *

Pero don Alonso no sólo emana cordialidad desde un estrado en el que habla de teatro; no vive –pese a lo que hayan dicho de la condición humana Calderón y otros– representando papel alguno, aunque haya hecho sus pinitos de actor en su juventud, unos meses antes de la guerra: el doctor Tirteafuera en el episodio de Sancho en la ínsula Barataria. El hoy secretario perpetuo de la Real Academia Española va derramando naturalidad y humor allá por donde pasa, como si no fuera quien es. Está, sin duda, en posesión de esa cordura extraordinaria que le hace olvidarse de sí mismo para deleitarnos a los demás con su palabra, su vitalidad y su comprensiva sonrisa.

Con ellas nos acoge después de una apretada mañana de trabajo, mientras renuncia a la obligada pausa que el cansancio y el calor suelen imponer tras el almuerzo almagraño.

* * *

– *Usted, por los años cuarenta, pasó algún tiempo en la Universidad*

de Santiago de Compostela y, en 1992, con motivo de la inauguración del nuevo edificio de la Facultad de Filología, pronunció una conferencia titulada Compostela años atrás¹, ¿podría recordar también para nosotros algunos de los recuerdos de aquella etapa?

– Yo de Compostela tengo muchos recuerdos y muy buenos. Era una ciudad que no se puede comparar en absoluto con la actual. Incluso la Universidad, ahora llena de personalidad y de jóvenes maestros, entonces era una Universidad de entrada y de castigo. Mandaban allá a muchísimos sancionados, aquellas sanciones estúpidas que se imponían, yo creo, por el placer de imponerlas nada más, porque muchas personas que las sufrían eran absolutamente angelicales. Cuando yo estuve coincidimos muchos profesores nuevos, varios jóvenes. Teníamos una identidad, un parecido muy próximo de apetencias y de creencias y vivíamos contentos haciendo una tarea. Fue el momento en que todo empezó a ponerse en marcha otra vez.

– *¿En qué condiciones trabajaban entonces?*

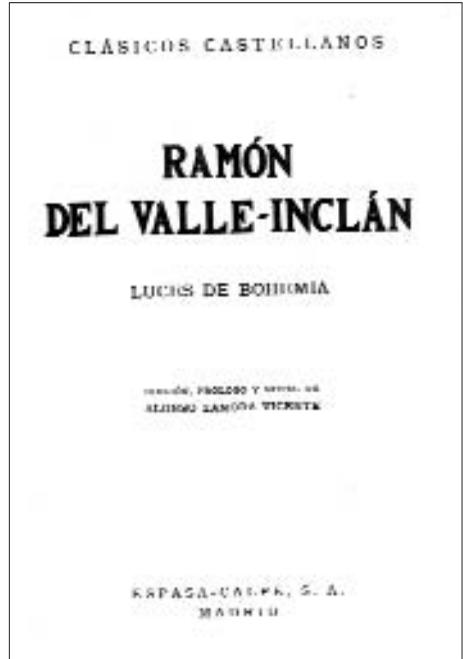
– Entonces no había nada. En el edificio central se cursaban dos años comunes para todo tipo de licenciaturas en la Facultad de Filosofía y Letras,

¹ Esta conferencia fue publicada conjuntamente por el Consorcio y la Universidad de Santiago de Compostela en 1993.

pero allí no se podía acabar más que Historia.

– *Efectivamente. Hasta 1961 no se dio vía libre a ninguna otra licenciatura. Algunos alumnos que íbamos a empezar la especialidad pudimos ya matricularnos en Filología Románica. ¿Qué cursos impartía usted en aquella etapa de la inmediata posguerra?*

– En los dos primeros años estábamos los que realmente teníamos un papel en una Facultad de Filología o de Letras; además eran dos años comunes con Derecho, de forma que había unas asignaturas, la literatura y la historia, en las que los estudiantes de Derecho no nos tomaban en serio y venían a meter ruido. Para ellos se organizó un curso por las tardes en manos de un profesor principiante, algo así como para quitar el ruido de en medio. Recuerdo aquello con mucho cariño, porque era mi primera vida universitaria de verdad. Vivía en la Residencia². Había un hiato muy grande entre los profesores de universidad y los de instituto. Cuando estuve allí, dos meses, en el Instituto Gelmírez quise ir a la Residencia y me contestaron con bufidos, ¡qué me había creído yo! Después ya no los hubo, pero es que había ascendido en consideración social³. Le advierto a usted que la Residencia era muy buena por dentro, pero no se



podía salir porque estaba todo sin urbanizar y, como en Santiago llueve que es un contento, nos encontrábamos como en un gran trasatlántico sin rumbo. Usted salía y, al bajar del portal, ¡plom!, la fosa de las Islas Vírgenes.

Por entonces se pensó en abrir comunicación con la carretera de Pontevedra, la que ahora tiene, y se empezó a construir con una lentitud ejemplar la enorme escalera que baja desde la Alameda, que siempre me

² En los hoy antiguos edificios del Campus sur para residentes universitarios.

³ En 1942 fue durante dos meses catedrático en el Instituto masculino Arzobispo Gelmírez. En 1943 era ya catedrático de la Universidad.

pareció muy empinada, como hecha con mala intención, ¿verdad?

– *¿Qué diferencias ve con la Facultad de Filología actual?*

– Figúrese la diferencia. Hoy tienen ustedes un espléndido edificio con muchas instituciones adjetivas, laterales, que funcionan muy bien; es una Facultad de Filología que puede co-dearse con cualquiera, con profesores de mucho prestigio ganado a pulso, maestros todavía muy jóvenes con una obra lograda presentable en cualquier sitio. Y filólogos puros, como Santamarina y ese *Cancioneiro popular galego* que compiló, que es una obra muy bien hecha. Y la revista *Verba*. Y la edición reciente del *Corpus completo* de las cantigas profanas medievales. Y otras cosas, claro. En el campo de la literatura Luis Iglesias Feijoo, Darío Villanueva y algunos más son nombres que se cotizan en la investigación, en la vida universitaria. Como en todas partes, habrá otros profesores que cumplen su misión. Todos hacen algo. Todo se hace entre todos. En mis tiempos eso no se podía ni soñar. Yo tenía una auxiliar, Pura Lorenzana, que después se fue a Madrid.

– *¿También en Santiago eran los tiempos del hambre?*

– Eran años en que no había nada de comer. Hacíamos alguna expedición hacia Noia y pueblecitos de por

allá y hubo veces en que trajimos un cerdo entero, sin pasar por el veterinario ni nada. Se lo descuartizaba y duraba dos o tres días. Apenas alcanzaba para todos los residentes. No creo que se llegara a la leyenda de las viejas casas de huéspedes según la que se metía la carne en un trapito y se guardaba para dar sabor a la olla varios días. En fin, el pobre cerdo moría fulminado, entre una especie de oleaje de alegría.

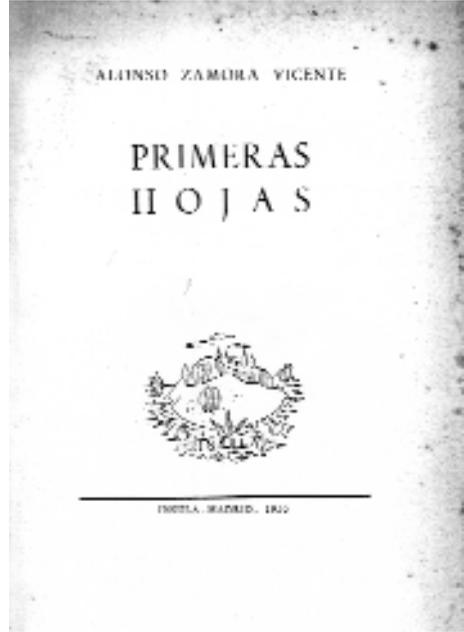
– *¿Recuerda algunas anécdotas divertidas?*

– Las recuerdo de todos los matices. Donde abundaban más las anécdotas era en aquellos exámenes de la reválida del bachillerato que tenía que hacer la Universidad. Yo esas cosas no las he entendido nunca. Creo que no estamos capacitados para juzgar a un muchachito de segunda enseñanza y que el muchacho de segunda enseñanza se puede despistar gravemente ante una pregunta nuestra que no corresponde no ya con su formación sino con su fórmula pensante. Se trataba de un ejercicio escrito, de una redacción o una composición de historia, y otro de ciencias, que era un problema de física o de matemáticas, elementalísimos, porque le aseguro a usted que yo no distingo un cero de un cuatrocientos quince, y sabía hacerlos. Eran de reglas de tres, de palancas... El caso es que había entonces un catedrático, don Mariano Álvarez Zurimendi, un hombre muy

cordial, gran comedor y amigo de contar chistes. En aquella tarde se pone el problema y se empieza a trabajar. Estábamos en el aula primera, la que daba al mercado al entrar en el edificio viejo, a la izquierda, con forma de anfiteatro; se abrían las ventanas porque, con aquella humedad compostelana, olía a rata –ahora, como hay buenas calefacciones ya no huele tanto, ha perdido mucho, pero entonces era desesperante–. Afuera alguien cantaba: un ciego de esos que anuncian los cupones y que decía “los diez iguales” o “los veinte iguales”, ya no me acuerdo. De pronto Zurimendi se levanta furioso pero muerto de risa: “¡A ese, que lo detengan, a ese!”. Se asoma corriendo a la ventana, un alboroto, sigue corriendo, se va. Y los demás, que estábamos con esa tristeza del vigilante: “Señores, ustedes sigan”.

Resulta que lo que cantaba el ciego era la solución del problema. Zurimendi sale a la calle, el ciego, que no era ciego, escapa, Zurimendi le alcanza en el Toral –fíjese lo que debió de correr aquel señor–. Yo no sé qué ocurrió que hasta los guardias municipales aparecieron, la pareja arnichesca, y Zurimendi, muy serio: “No, si no pasa nada, si era para decirle que lo que cantaba está mal, que no era esa la solución”.

Este tipo de cosas han pasado a la epopeya tradicional de la vida universitaria. Creo que la mejor anécdota



estudiantil es una de la que yo fui testigo. Llega un muchachito de estos que recitan todo deprisa, así, confusos, que se ve que no entienden lo que están diciendo. El de ciencias le preguntó algo sobre las palancas: “Usted mete una cuña y a ver, ¿qué ocurre?”. Nunca lo hubiera dicho, porque, como usted sabe muy bien, en el argot estudiantil de Compostela la ‘cuña’ es la recomendación, y, aunque no se les hace caso jamás, el que no tiene cuñas no va a examinarse. Confían más en ellas que en la sapiencia. Bueno, el chico al oír lo de la cuña parece que no entendió bien, se puso coloradísimo y venga a darle vueltas a un papel que tenía entre las manos. Entonces el

profesor: "A ver, la cuña, qué clase de palanca es ésa". Y agacha la cabeza el chico y dice: "Es la misma para todas las asignaturas", aunque primero contestó: "Don Andrés Fernández". Naturalmente el chico tuvo muy buena nota. Yo creo que un muchacho así es un genio.

– *¿Hubo sólo alegrías en Santiago?*

– Yo pasé en Compostela malos ratos, porque aún tuve que soportar muchas cosas de la guerra, no por la Universidad ni por la ciudad: venían de Madrid. Yo había tenido que estar presentándome cada quince días en uno de aquellos viejos palacios de la calle don Pedro y..., bueno, aquello pasó. Han pasado hasta los que nos hacían presentarnos. Nos los vamos a encontrar allá arriba. A ver con qué humor están.

– *¿Quiénes estuvieron entre sus amigos más próximos?*

– Traté muchísimo a don Abelardo Moralejo. Tenía fama de lento en sus explicaciones porque le faltaba fluidez de expresión, pero era un hombre de un corazón muy bondadoso y con una vocación universitaria muy limpia. El estaba allí como estuve yo, apretado en aquellos dos años lastimosos a los que iban estudiantes de Derecho que antes de entrar en la Universidad ya empezaban a preparar

un programa de notaría o de registros. Irlas a esos con Horacio era matarlos, así que había que defenderse de ellos. Moralejo era un buen latinista. La creación de la Facultad de Filología llegó muy tarde para él, cerca de su jubilación. Lo soñamos y hasta lo pedimos en Madrid, pero no nos hacían caso. Sin embargo logré implantar allí los Cursos de verano, que tenían una enorme relación con los Cursos de extranjeros que yo había visto en el Centro, pero como nadie los conocía no hubo el menor obstáculo y se volvió a tratar de las cosas con los textos delante, sin censura, sin dilaciones. Fue una experiencia muy bonita.

Estando yo allí murieron varios catedráticos de instituto muy jóvenes, de los que habíamos llegado a la vez, lo que se explica en parte por las consecuencias de la guerra. Conocí a Alfredo Llecha, a Hilario Sáinz-Pardo, a García-Rodeja, a don Tomás Batuecas, que había descubierto ciertas fórmulas extrañas de los pesos atómicos, a Camilo Barcia...

Recuerdo, sobre todo, con un gran afecto, a Ulpiano Villanueva, catedrático de Medicina, con el que tuve una estrecha amistad, y recuerdo a sus hijos, y conozco a una nieta. Ramón Prieto Bances, catedrático de Historia del Derecho y fugaz ministro en la República, supuso una página noble del Derecho en España. Su extraordinaria bondad le hacía creer en la ajena, hasta en la de Franco, con quien

había tenido amistad personal. Pensaba que le iban a pagar el dinero del tiempo que le habían tenido en la cárcel. Procedía también del Centro de Estudios Históricos y casi todas las tardes paseábamos y recordábamos la vida de Madrid, tan bullente, tan distinta, escandalosamente distinta.

– *Y, ¿qué tal le fue con el clima?*

– Yo tengo una bronquiectasia de nacimiento, a la que estoy muy agradecido por haberme dejado llegar hasta ahora. Se me agravó no sé si con la humedad, si con un año de sequía. Créame usted que un año de sequía en Compostela es una tortura atroz. Todo ese musgo o moho que hay en las paredes se deshace en un polvo terrible que uno respira y no se cae redondo al suelo porque Dios es grande, pero hay una tos permanente, un lagrimeo permanente, y estuvimos un año sin llover ni gota, sin luz. Se contaba que la creación del Hostal, que yo he conocido como Hospital de la Facultad de Medicina, se debió a que una vez que estuvo Franco a hacer la ofrenda al Apóstol hubo un apagón terrible cuando iba a abrazar al santo. Debí de sufrir un acceso de valentía y lo arregló entonces ordenando fulminantemente: “¡Un hotel decente y luz siempre!”. A lo mejor por eso empezó a llover un mes después.

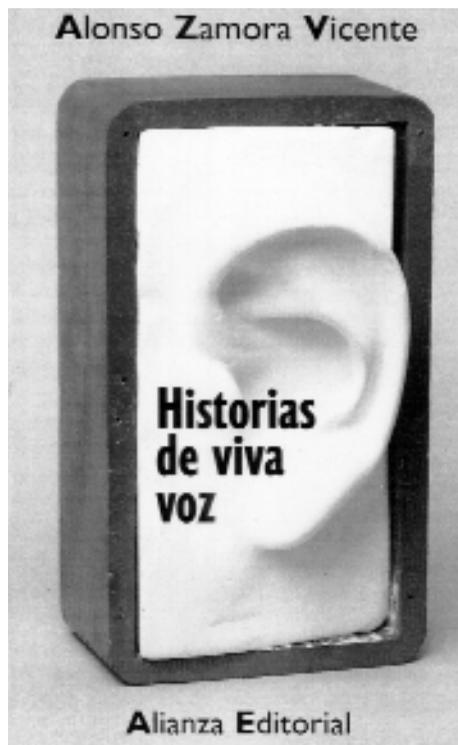
– *¿Cuántos cursos estuvo en Santiago?*



– Debí de pertenecer oficialmente a Santiago unos cuatro años, aunque cuando me puse muy malo no pude permanecer allí. Luego fui un año a Salamanca y después a América.

– *Esta mañana nos hablaba usted de su asistencia a funciones del género chico en Madrid. ¿Era mucha la afluencia de público?*

– ¡Claro! Además no resultaba caro, se trataba de un teatro popular y se sabía que duraba poco, que la gente se lo conocía. Había teatros, como el Novedades, donde muchos realmente



no iban a ver la función, sino a merendar, y lo hacían mascando con un ruido enorme cacahuetes, castañas asadas, avellanas, pan... Se podía comprar por diez céntimos un cucurucho de doce castañas asadas riquísimas, y con eso ya estaban alimentados todo el día. La gente hablaba, seguía la canción, se precipitaba y se adelantaba a lo que iban a decir. ¿Cómo sería eso en 1870 o 1880? Supongo que un caos, en teatros casi improvisados, de madera. El incendio del Novedades yo lo he contado en un librito que se llama *Examen de ingreso*, y lo recuerdo. Un

espectáculo atroz, papel ardiendo, pavesas, brasas por todas partes. Hasta en las casas cercanas ardieron las persianas verdes hechas de palma. El local se quedó sin luz, en seguida ardió el telón de boca. A raíz de ese incendio se impuso la obligación del telón metálico separador. La gente huyó espantada. Muchos miembros de la orquesta murieron, y también muchos asistentes, algunos no por el fuego sino aplastados en la escalera. El Novedades no se reconstruyó. Se hizo en su lugar una casa moderna, de muy buen aire, por los años treinta y tantos. La esquina donde estaba el teatro da a una de las calles típicas de la poesía madrileñista de López Silva y otros, la calle de las Velas.

Yo llegué al Apolo. Recuerdo haber visto en el Apolo *La chula de Pontevedra*, que era una revista que cantaba una de las cupletistas famosas de entonces, Reyes Castizo. Tenía como nombre de guerra 'La Yankee' y bailaba con un entusiasmo enorme, se fatigaba una barbaridad. Entonces el tipo de mujer oficial era más bien opulento, carnoso. En *La chula de Pontevedra* había un cuplé muy gracioso que hablaba de los primeros rascacielos de Madrid, que eran las casas altas de la avenida Reina Victoria, junto a la glorieta de Cuatro Caminos, de unas diez u once plantas; nos parecía a nosotros que allí arriba ya se mareaba uno. A 'La Yankee', Reyes Castizo, parece que la estoy viendo y,

como es una de las pocas mujeres de aquellas hornadas que recuerdo con claridad, parece que le tengo cariño.

Había un teatrillo, que existe aún, que se llamaba Eldorado y se ha llamado después Muñoz Seca, un teatrillo muy pequeño que está en la salida de la calle de Tetuán a la plaza del Carmen y adaptó para su uso particular la Chelito, Consuelo Portella, que murió veinte años después de terminada nuestra guerra siendo una honorable empresaria. ¡Huy, si yo decía en mi casa que había pasado por la puerta del teatro! ¡Qué escándalo! Las mujeres me miraban como a un endemoniado. La Chelito se hizo famosa cantando un cuplé que se llamaba “La pulga”. Se buscaba la pulga por todo su cuerpo, lo cual motivaba unas exhibiciones de carnicería que quizás eran muy sanas, pero que la moral ortodoxa no soportaba mucho. En la calle se vendían cajas de cerillas que reproducían su fotografía, con mantilla y su gran peineta, y aquellas postales que yo recuerdo, unas fotos con unos manchurrónes rojos en las mejillas y los ojos pintados con tizne negro.

Este tipo de espectáculo, con canciones de doble filo, un tanto obscenas a veces, formaba parte inevitablemente de los programas en todas las ferias de los pueblos, con su corridita, su capea y su tarde de teatro, que no era de teatro sino de varietés. Salía allí un señor vestido ridículamente, decía



La Chelito ataviada para interpretar “La pulga”.

unos cuantos chistes políticos y se marchaba en seguida porque corría peligro: la gente lo que quería era ver a las cupletistas y, cuando aparecían, se calmaba o rugía. Todavía en la guerra se hacía esto para distraer a los soldados en el frente. En muchísimos pueblos yo he visto a unas pobres muchachas hambrientas, que sacaban la tripa de mal año con lo que les daba la intendencia para ellas y sus familias, cantar “La bien pagá” u otras canciones que usted conoce. En los años anteriores a la guerra hubo epidemia de flamenco y la gente sencilla se dividía

entre él y *Las Leandras*, con Celia Gámez. Casi todos los números de *Las Leandras* se repetían porque los cantaba el público, aunque primero lo hacían las chicas del conjunto. En algunos casos salía un gran telón con la letra escrita, en "Pichi", por ejemplo:

(*don Alonso canta con muy buena voz*)

Pichi,
es el chulo que castiga...

Y cuando se llegaba al "Pichi", aquello era un bramido terrible. Eso se hizo en el Teatro Pavón, que está en la cabecera del Rastro, donde comienza Embajadores.

– *¿Quién venció en esa "guerra" de espectáculos?*

– *Las Leandras* venció al flamenco, porque tenía una zona de carne ventilada y la gente acudía a eso. El flamenco estaba centrado en la figura de Angelillo, que era un 'cantaor' que además tuvo problemas políticos y se exilió. Interpretaba flamenco, cante jondo, pasodobles y cuplés corrientes aflamencados, "La Cirila", "La Tomasa", "La chica del 17". Eran prodigios de simpleza, pero la gente los cantaba constantemente.

– *¿Cómo se explica la fama de estas canciones?*

– Tenían una aceptación enorme en una sociedad pequeño-burguesa en

cuyas casas, prácticamente sin excepción, había una servidumbre femenina que costaba poco dinero, que se tenía como de la familia y que era de pueblos cercanos. Su nudo de relación con el mundo exterior era un novio o un vecino del mismo pueblo, que estaba haciendo el servicio militar en Madrid. El punto de encuentro, la Plaza Mayor hasta cierta hora; pasadas las seis o las siete la reunión descendía en masa por la calle de Toledo hasta la Cava Baja, de donde salían los autobuses. Todo esto lo he contado en *Examen de ingreso*. Recuerdo una cosa que no se me olvidará jamás, una de esas salidas de camionetas o autobuses hacia Camarena o Escalona o Valdemorillo, los pueblos del suroeste madrileño, carretera de Extremadura a un lado y a otro: arriba, en el coche, una muchacha guapetona que ha venido a comprar cosas y se vuelve, y abajo, junto a la ventanilla, un matrimonio viejo, ella con su falda refruncida hasta el suelo, un pañuelo negro a la cabeza, y el hombre sangrando, una cosa horrible. Entonces la chica, desde arriba: "¿Y cómo está?". La mujer contestó: "¿Este? Este ya no tiene remedio, fíjate qué cáncer tiene". Y la muchacha, tan serena, tan tranquila: "Bueno, se le pasará", esas palabras de falso consuelo. Eso me ha dejado el prejuicio de que una persona no tiene cáncer si no va sangrando por algún lado. Era como naturaleza suelta todavía. Hemos corrido mucho en estos años. No sé si con meta o sin meta, pero hemos corrido

mucho, mucho. Más vale que no nos estrellemos.

– *A usted le sitúan muchos entre los mejores prosistas de este siglo, en especial por sus cuentos. ¿Tiene algo en proyecto?*

– *¿Yo uno de los mejores prosistas? (Hace gestos de no creérselo). Se podría llamar el despiste nacional. Bueno, tengo un librito en prensa que se llama Cuentos con gusano dentro. Y el gusano soy yo, porque en todos los cuentos, de una forma o de otra, salgo gruñendo, protestando, cantando o diciendo a la gente que estudie matemáticas, que es lo que yo no he logrado estudiar en mi vida; en el fondo, tomándome a mí mismo un poco en guasa, que es la única forma de seguir viviendo, claro. Ahora el mundo está empeñado en darnos todo hecho: usted abre la televisión y le dicen el coche que tiene que tener, el dentífrico que tiene que gastar, y no le dicen a usted la persona que tiene que asesinar, pero cualquier día sale también. De pronto es muy sano mandar todo eso a paseo y pensar, “Bueno, pues ya comeré el dentífrico que no nos mata”. En el fondo creo que no descubro nada, ni siquiera en los momentos en que, como algunos comentan, más me burlo. Yo no me burlo de nadie, ni muchísimo menos. Me burlo de la contextura que impide que esa gente no pueda crecer a gusto y hasta donde podría crecer, y además creo que la ironía cervantina es una cosa que nos*

salva a todos, es el gran mérito de nuestra literatura: esa disculpa que reconoce la culpa pero la exime del castigo. Los *Cuentos con gusano dentro* van a ser eso. Salgo discutiendo, por ejemplo, con unas señoritas, expertas en sudores, que sirven para trabajar para las fábricas de desodorantes, y pongo notas a pie de página como en un tratado cualquiera de ciencia.

– *¿Qué piensa usted del resurgimiento y del estudio filológico de las lenguas regionales en España?*

– Yo creo que el resurgir de un estudio siempre es bueno. Pensando en el gallego, sobre todo, que ha sido la cenicienta de las lenguas romances. Cuando yo trabajé en gallego en mi tiempo de Galicia, era un pecado terrible, e incluso los galleguistas oficiales se escandalizaban y nadie quería hablar gallego en público. Lo que había sobre gallego eran tres o cuatro trabajos de la escuela de Hamburgo y nada más. El resto era sabiduría de los eruditos locales, de los que siempre se aprende mucho, pero a menudo sin método ni sistema. El gallego en pocos años ha hecho todo lo que las demás lenguas románicas en siglo y medio largo y además, en algunos casos, con más representatividad filológica. Otras lenguas, como el catalán, ya tenían publicadas cosas importantes y había habido eminentes filólogos europeos que se habían acercado a la tierra catalana y editado trabajos.



Se habían hecho cosas de valenciano muy buenas. El atlas lingüístico de la Península que hacía Navarro Tomás tenía colaboradores de diversas zonas. Algunos publicaron aparte los resultados de las investigaciones, como es el caso de Sanchís Guarner, sobre el habla de Valencia y la zona de La Huerta que domina la ciudad, que es la única zona donde se habla valenciano, aunque ahora, por eso de las señas de identidad, quieran extenderlo a más lugares.

Ustedes, los gallegos, tienen el problema de la Galicia exterior, del oeste de Asturias, de la provincia de León, de la de Zamora. Pero ahora esos

gallegos un poco furiosos, integristas, hablan de un gallego del sur de Salamanca y de las tierras extremeñas, el Rebollar salmantino y el Trebejo de Cáceres. Yo creo que eso es un poco delirante: son zonas de las Beiras, son formas arcaicas. Don Ramón Menéndez Pidal incluso intentó explicarlo por colonización asturiana. Hoy ya vemos que no, que es una lengua con grandes matices del leonés occidental y ahora muy contaminada por el portugués, porque, lejos del centro castellano, esas gentes han vivido del contrabando con Portugal, sobre todo de las caballerías. La alfabetización intensa y la influencia de la televisión hacen que, poco a poco, esas diferencias desaparezcan.

Yo no he vuelto a tocar mi *Dialectología* porque la considero ya periclitada. Hemos hecho una dialectología y una filología de tipo histórico como si acabaran de marcharse las legiones romanas. Entre la situación dialectal que yo recojo en mi libro y lo que realmente hay ahora pesa toda la tremenda transformación social de la vida española después de la guerra. El Rebollar salmantino ya no existe como zona dialectal. Aquello resultó ser el venero del wólfram, mucho más importante que el de Santa Comba en Galicia, y aquellos pobres labriegos no sabían qué hacer con el dinero. Al mes escaso de haber sacado mineral de las tierras, los dueños se habían comprado arañas espléndidas ¡y no había luz

eléctrica! Cuando yo hice la segunda edición de mi *Dialectología* le escribí al cura del pueblo y le pregunté si aún existían ciertas construcciones. Me contestó enfadadísimo: “Aquí hablamos muy bien”.

El estado actual no puede enjuciarse alegre ni globalmente. Frente a una situación rabiosamente política, con un trasfondo social que ya nos parece incluso equivocado, como es el caso de alguna autonomía que nos trae a todos un poco preocupados, hay otras con un fabuloso pasado literario. Figúrese usted si de pronto se descubriera un cancionero con el habla local de Jerez o de Chiclana. Los gallegos pueden ponerse debajo del brazo los tres *Cancioneiros* gallego-portugueses y mirar de costadillo a todo el mundo. ¡Qué le vamos a hacer! En cambio los catalanes no pueden hacer eso con

Ausias March, que es valenciano y que además tiene sus grandes diferencias con el catalán de arriba, el de los cronistas. Yo creo que al cabo de los años mil vuelven las aguas por do solían. Las lenguas serán siempre lo que sus hablantes hagan con ellas. Es estúpido que se pretenda resucitar una lengua si no va acompañada de una creación literaria y un reconocimiento jurídico-político.

* * *

Un coche viene para llevarse al profesor. Le he robado su descanso, pero todavía tiene tiempo de preocuparse por el mío. Teme que esté fatigada, porque se ha hecho la hora de iniciar las jornadas vespertinas sobre la comedia de enredo. Magnífico don Alonso.

Almagro, 8 de julio de 1997

